



ESPERA Y PODER EN TIEMPOS DE CRISIS

LAS ESTRUCTURAS TEMPORALES IMPUESTAS DEL MUNDO DE LA VIDA*

AUTOR
JOCHEN DREHER
Universität Konstanz

Cómo citar este artículo: Dreher, J. (2019) Espera y poder en tiempos de crisis:
Las estructuras temporales impuestas del mundo de la vida.
Revista Diferencias, N. 7, XXX-XXX

Artículo

Recibido 11/10/2018

Aprobado 16/12/2018

* Traducción del alemán al español: Alexis E. Gros

RESUMEN

A menudo, la espera tiene que ver con la experiencia del poder social, experiencia que va de la mano con una impotencia fundamental por parte de los que son obligados a esperar. Los poderosos imponen estructuras y relevancias temporales que no coinciden con las de los subordinados, pero que deben ser aceptadas obligatoriamente por ellos. Sin embargo, en tiempos de crisis, la espera puede brindar oportunidades para desafiar las estructuras temporales y de poder establecidas. Esto ocurre cuando quienes aguardan ponen en cuestión las relevancias temporales impuestas con base en sus motivaciones intrínsecas. La conexión entre poder y contrapoder implicada en el fenómeno de la espera es analizada a la luz del caso de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Argentina, en el cual los estudiantes, docentes y no docentes debieron esperar un nuevo edificio por veinticinco años.

PALABRAS CLAVES: ESPERA; ESTRUCTURAS DE PODER; TIEMPO; SOLIDARIZACIÓN; COMUNIZACIÓN; CONTRAPODER; RESISTENCIA

ABSTRACT

Waiting often is related to the experience of social power which is accompanied by a fundamental powerlessness for those who are forced to wait. The powerful impose a time structure and relevances of time that are contrary to those of the waiting, nevertheless forcibly have to be accepted. In times of crisis waiting initializes chances to challenge established power and time structures, if individuals question imposed relevances of time based on intrinsic motivation – waiting can lead to resistance and counter power. The connection of power and counter power involved in the phenomenon of waiting is analyzed with the case study of the Facultad de Ciencias Sociales of the Universidad de Buenos Aires in Argentina, in which the waiting for a new faculty building persisted 25 years.

KEYWORDS: WAITING; POWER STRUCTURES; TIME; SOLIDARITY; COMUNIZATION; COUNTER-POWER; RESISTENCE

INTRODUCCIÓN: EL PODER DE LA ESPERA: ESTRUCTURAS TEMPORALES IMPUESTAS

Hace años que escucho la palabra "¡espera!" Ella resuena en el oído de todo negro con una familiaridad penetrante. Esta "espera" significa prácticamente un "nunca". Debemos llegar a entender [...] que "la justicia largamente demorada es justicia denegada".

Martin Luther King,
Letter from a Birmingham Jail

Frecuentemente, la espera presupone estructuras de poder establecidas y debe ser interpretada en el contexto de constelaciones específicas de poder. Cuando otros nos obligan a esperar, esto implica la experiencia de estar subsumidos bajo el poder social que puede ser vivenciada como dependencia e inferioridad. En este sentido, la espera es siempre la experiencia de una impotencia fundamental; es la toma de conciencia de los límites y la limitación de nuestra acción. Exista o no un victimario, cuando nos obligan a esperar nos sentimos como víctimas. Cuando la omisión y/o la acción concreta fáctica o supuesta de una persona presuntamente más poderosa tiene como consecuencia la espera de otros, el tiempo se convierte en un vehículo del ejercicio de poder (Paris, 2001: 709 y sigs.). El poder proviene de aquellos que disponen del tiempo de los otros, esto es, de aquellos que pueden controlar el valioso recurso "tiempo". Esta situación de poder tiene lugar cuando el poderoso le impone al subyugado una estructura temporal dada, sea este consciente de dicha imposición o no. A quien se le hace esperar, se le imponen relevancias temporales que se contraponen con las propias, relevancias que debe asumir como propias debido a hechos estructurales.

Sin embargo, el poder en la forma de estructuras temporales impuestas que obligan a esperar no debe entenderse como inviolable o inatacable. Especialmente en tiempos de crisis, la espera puede funcionar como un momento de resistencia: una espera vivenciada como crítica —debido a las jerarquías de poder consideradas como injustas—, puede llevar a una confrontación con la estructura temporal impuesta. La crisis nos vuelve atentos a riesgos, inconvenientes y precariedades. Al mismo tiempo, crea tendencias de apertura y oportunidades de innovación que ponen en cuestión el orden de poder establecido. En este sentido, de la espera en la crisis pueden surgir oportunidades que permiten una confrontación con las estructuras de poder y tiempo. En efecto, en situaciones de crisis se abren posibilidades para los individuos que ponen en cuestión las relevancias temporales impuestas a partir de motivaciones intrínsecas. Así, las estructuras establecidas de poder pueden ser tematizadas y criticadas, y se puede ejercer resistencia a través de protestas, huelgas o tomas de edificios.

Ahora bien, ¿en qué situaciones y bajo qué condiciones la espera forzada, ligada a estructuras de relevancia impuestas, se "convierte" en una contrareacción que desafía las jerarquías de poder establecidas; por ejemplo, a través de la solidarización de los que esperan? Aquí se argumentará que la espera es provocada y vivenciada en relación con condiciones estructurales de poder; y que en tiempos de crisis, la misma puede generar oportunidades para superar órdenes temporales y de poder establecidos con base en sistemas de relevancias intrínsecas. En este sentido, la espera impuesta puede funcionar como un catalizador de procesos de solidarización y de movimientos de protesta contra los poderosos. En lo que sigue, partiendo de la tesis de que en situaciones específicas de crisis puede surgir un contrapoder dirigido contra las estructuras temporales impuestas, se reflexionará acerca de las estructuras de poder implícitas en el proceso de la espera. Para ilustrar el interjuego entre poder y contrapoder que está implicado en la espera, se analizará un caso empírico, a saber, el de los estudiantes y trabajadores docentes y no docentes de la Universidad de Buenos Aires, Argentina, quienes tuvieron que esperar aproximadamente veinticinco años para la construcción de un nuevo edificio: el "Edificio Único".

I. LA IMPOTENCIA DEL QUE ESPERA

En una relevante investigación de los años setenta sobre el tema "espera y poder" en el sector de los servicios, Barry Schwartz señala que el fenómeno de 'la espera' es congruente con la distribución del poder (*cf.* Schwartz, 1974). Siguiendo estos lineamientos, el autor subraya que el poder opera como una relación organizada de dependencia. En este sentido, el punto de partida es el supuesto de que el poder de un individuo depende del carácter escaso de los bienes y las capacidades que posee. La demora en la forma de tiempo de espera se debe solo parcialmente a la oferta y la demanda del bien o servicio en cuestión. Mucho más importantes son las relaciones estructurales de poder, las cuales en algunos casos les permiten a los participantes aumentar el tiempo de espera. Por un lado, las organizaciones intentan mantener sus costos de personal lo más bajos posibles para así obtener una ganancia mayor y, por ello, prefieren que los clientes esperen más. Por otro lado, los largos tiempos de espera elevan su prestigio, en la medida en que generan la apariencia de que sus bienes o servicios son más valiosos y deseados. Entonces, cuanto más escaso y valioso sea el servicio o el producto y menor la cantidad de oferentes, tanto mayor será la presteza potencial de los clientes a aceptar tiempos más largos de espera. Con el aumento de poder de una persona también se incrementa la regulación del acceso a ella, mientras que, en principio, una persona con menos poder siempre puede ser contactada.

El tiempo de espera dentro de mercados orientados a la competencia es también menor que aquel que existe en

aquellos organizados en términos monopólicos. Dado que la espera es percibida en muchos sentidos como una actividad desagradable y aburrida que no tiene ningún fin y que cuesta precioso tiempo, el esfuerzo aplicado en ella parece tener influencia en el valor subjetivo del bien o del servicio. El servicio aparece como más valioso y quien lo ofrece recibe poder adicional, puesto que su oferta parece ser digna de un largo tiempo de espera. La espera entonces, no solo es una barrera que impide llegar de manera rápida e inmediata a un objetivo; también condiciona el valor del objetivo al que se aspira. Cuando un oferente del servicio sabe esto, puede aumentar el valor del mismo haciendo esperar intencionalmente al cliente. Obligar a los otros a esperar le otorga una "mística" al oferente del servicio y al producto, puesto que una limitación autoimplicada de la accesibilidad subraya el valor social y la escasez. El propio valor puede, por lo tanto, ser aumentado si se demuestra una indisponibilidad. En una escenificación de estas características, puede que un cliente deba esperar aunque esto no sea necesario.

La relación entre el fenómeno de la espera y las estructuras de poder es expresada de manera especialmente interesante por el autor argentino Javier Auyero, quien se ocupa de las experiencias de espera de quienes reciben ayuda social en Buenos Aires. Siguiendo la argumentación de Barry Schwartz, el autor se concentra especialmente en la experiencia subjetiva de la espera y sostiene que las experiencias varían conforme a las diferencias de poder. Auyero investiga cómo los que aguardan interpretan los tiempos de demora y cómo la espera despierta la impresión de dependencia e inferioridad (Auyero, 2011: 8). Estas investigaciones de campo fueron llevadas a cabo en el Ministerio de Desarrollo Social. En la sala de espera, que el autor describe como ruidosa, oscura y mal ventilada, esperan sobre todo mujeres con sus niños. Auyero describe la experiencia típica de espera como un "proceso" en el sentido de la novela de Kafka con el mismo título; un proceso marcado por la incertidumbre, la confusión y la arbitrariedad (*cf.* *Ibíd.*, 12 y sigs.). Los sujetos configuran de manera activa su tiempo de espera; intercambian información y conforman redes sociales. Los agentes del Estado tratan a quienes esperan de manera amigable, no obstante, se descargan de la responsabilidad del tiempo de espera, atribuyéndoselo a la mala información y demoras en el funcionamiento del sistema informático. De esta manera, contribuyen al enmascaramiento de la política de bienestar del Estado. Quienes esperan interpretan su disposición a la espera como una muestra de sus menores recursos y sus mayores necesidades. Muchos comparan la espera en el ministerio con la espera en el hospital. En este sentido, Auyero acuña el término de "pacientes del Estado" para designar a quienes reciben ayuda social (*cf.* *Ibíd.*, 19-21). No se negocian los tiempos de espera ni la información; a quienes esperan —en su mayoría son mujeres— se les exige obediencia y paciencia. Los "pacientes del estado" no perciben los beneficios del Estado como un derecho a exigir, sino como

una ayuda que uno recibe si se somete al procedimiento arbitrario e incalculable de la espera. Se observa que las ayudas del Estado están diseñadas para las mujeres, mientras que las medidas que apuntan a los hombres exigen que estos trabajen. De esta manera, la política de ayuda social fija la jerarquía de géneros (*cf.* *Ibíd.*: 24).

Estos hallazgos pueden completarse con las reflexiones sobre la espera de Pierre Bourdieu, quien adopta un punto de vista fatalista en lo que respecta a la indefensión del que espera. Para Bourdieu, el poder absoluto consiste en la imprevisibilidad; en que los afectados no puedan anticipar racionalmente lo que hará el poderoso. Los subordinados caen en una incertidumbre absoluta y no tienen un punto de referencia que les permita predecir qué ocurrirá. En efecto, para Bourdieu: "todopoderoso es el que no espera, pero hace esperar a los otros" (2001: 293). Desde esta perspectiva, el fenómeno de la espera es muy adecuado para describir la conexión entre tiempo y poder. Basta pensar en el modo en que se comportan los poderosos respecto a los sometidos: los hacen esperar, se retrasan, aplazan las cosas; o al revés: los apuran, los cogen por sorpresa, etc. En contraste, los que esperan deben tener paciencia, soportar, tener esperanzas de alcanzar lo deseado. En una palabra: deben someterse a las estructuras temporales impuestas.

II. ACERCA DE LA ECLOSIÓN DE LAS ESTRUCTURAS DE PODER IMPUESTAS

Las reflexiones que se presentarán a continuación se concentran en aquellos fenómenos de espera en los cuales las estructuras de poder impuestas son puestas en cuestión o "quebradas". Se partirá de la siguiente tesis: en el fenómeno de la espera no solo se observa el poder de imponer estructuras de poder; la espera, y especialmente la espera en tiempos de crisis, también posee un potencial inmanente de resistencia contra las estructuras temporales impuestas. En este caso, la espera en sí, el hecho de que uno tenga que esperar, es sentido como ilegítima, y esto se acentúa cuando existe una incertidumbre acerca de la ocurrencia del acontecimiento esperado. La espera en la crisis funciona con base en la solidarización con los otros que aguardan. No se trata entonces de una espera en conjunto que va de la mano con una sospecha recíproca, es decir, de una situación en la cual uno debe esperar porque los otros también están allí (como competidores). La espera en la crisis puede producir una comunización [*Vergemeinschaftung*] en la cual se desarrollan procesos grupales basados en un motivo compartido por quienes aguardan, procesos que conducen a una protesta contra las estructuras de poder establecidas.

En un primer momento, quienes esperan pueden encontrarse en una situación de competencia en la que cada uno, individualmente, se preocupa por "pasar primero". Sin embargo, esta situación puede modificarse cuando muchos su-

jetos que esperan juntos catalogan la espera impuesta como injusta. En ese momento de quiebre, pueden establecerse fines comunes que divergen de los intereses individuales o que los fortalecen, en la medida en que los incorporan en procesos de solidarización: en este caso, la legitimidad de los poderosos que hacen esperar es puesta en cuestión, tiene lugar una protesta conjunta contra las estructuras de poder impuestas; por ejemplo, a partir de agitadores que inician movimientos de protesta.

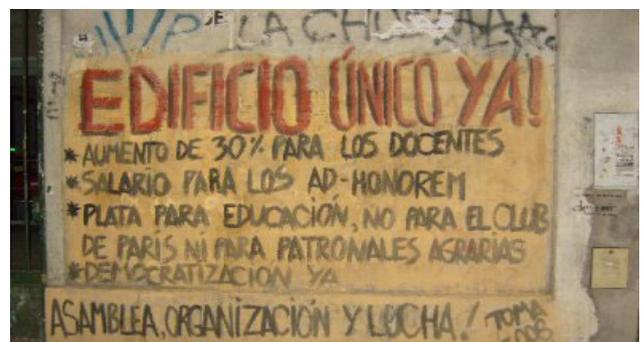
El caso de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA) muestra que los procesos de solidarización que tienen lugar en situaciones de espera en tiempos de crisis desafían la posición de poder de quienes mandan: por medio de la resistencia organizada, pueden poner fin a esa espera que es experimentada como injusta. Durante la dictadura cívico-militar que vivió Argentina entre 1976 y 1983, la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA permaneció cerrada por razones políticas. Con la recuperación de la democracia en 1983, la misma fue reabierta y reconstruida; la vida académica pudo resurgir rápidamente, puesto que muchos profesores retornaron del exilio. En el tiempo de la reapertura, no había un espacio dispuesto para la Facultad de Ciencias Sociales —a la cual pertenecen las Carreras de Sociología, Ciencia Política, Ciencia de la Comunicación, Trabajo Social y Relaciones del Trabajo—; por esta razón, en un primer momento, la misma fue alojada en el sótano de la Facultad de Arquitectura de la UBA. Después de unos años, en 1987, la Facultad de Ciencias Sociales obtiene un edificio propio que antes era la clínica de maternidad de la Facultad de Medicina de la UBA, en la calle Marcelo T. de Alvear. La UBA prometía que se trataba de una solución provisoria y que en un futuro cercano se pondría a disposición un edificio nuevo y adecuado. Luego de pasar más de veinticinco años de protesta estudiantil y académica contra esta situación, la Facultad logra mudarse a un Nuevo edificio en el barrio de Constitución. Finalmente, el veinticinco de marzo de 2016, se muda la última carrera, Sociología, al edificio esperado durante décadas (cfr. Torres Cabreros, 2016). Actualmente, en el viejo edificio solo se encuentran las oficinas administrativas de la Facultad. Lo significativo aquí es el proceso de espera de los estudiantes, docentes y no docentes, que duró más de dos décadas y que estuvo acompañado por un activismo contra las autoridades organizado por los estudiantes, un activismo que bregaba por una mejora edilicia.



En los casi veinticinco años de espera del nuevo edificio, se organizaron múltiples marchas, huelgas y ocupaciones de los estudiantes, docentes y no docentes en las que se reclamaba por un espacio adecuado para los casi 30.000 estudiantes de la Facultad. Uno de los puntos más álgido del movimiento de protesta tuvo lugar en 1997, cuando la Facultad estuvo ocupada durante dos meses y la vida académica se interrumpió completamente. En el 2002 los estudiantes ocuparon el rectorado por cuarenta y tres días, interrumpiendo la actividad por ese lapso de tiempo, debido a que aún no se había encontrado una solución para toda la facultad, y las diferentes carreras estaban alojadas en diferentes edificios de Buenos Aires. Luego, el rectorado prometió construir un edificio propio para la Facultad. En 2005 se comenzó la construcción del mismo; pero en 2010, el edificio solo podía albergar un 10% de los 30.000 estudiantes. Posteriormente, en un nuevo movimiento de protesta, los estudiantes ocuparon el Ministerio de Educación por más de cuarenta días. Finalmente, el Ministerio otorgó veinte millones de pesos argentinos para concluir con la obra del edificio. Finalmente, como ya se señaló, en 2016 la carrera de Sociología fue la última en obtener su lugar.



La larga espera de los estudiantes por un edificio único y propio estuvo acompañada por múltiples acciones de protesta, las cuales fueron respondidas tibiamente por el Rectorado y el Ministerio de Educación. El nuevo edificio recién fue terminado después de casi veinticinco años. La inseguridad de los que esperaban, combinada con la arbitrariedad de los poderosos, albergaba un potencial conflictivo que desató una resistencia conjunta contra las estructuras temporales impuestas.



La argumentación de los que esperaban y protestaban consistía en un catálogo de exigencias bajo el título “Edificio único ya”, pintado en la pared de la Facultad. A las autoridades se les planteaban diferentes exigencias: no solo se deseaba el nuevo edificio, sino también un aumento de salarios de 30% para los docentes, así como un salario para aquellos que enseñaban ad honorem. Los carteles y pintadas en las paredes reclamaban más dinero en general para la educación, y no para el Club de París o los sectores agroexportadores. La lista culminaba con la exigencia de una democratización inmediata y llamaba a la asamblea, la organización y la lucha.

Especialmente durante la toma de la Facultad, el Rectorado y el Ministerio, los movimientos de protesta fueron amplificados por los medios; especialmente, por los periódicos, los canales de televisión y las publicaciones en internet. Esto aumentó la presión para que las instituciones responsables cumplan con la promesa de construir el nuevo edificio.



Desde la perspectiva de la teoría del poder, puede argumentarse que en el caso de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, los estudiantes, docentes y no docentes no estaban completamente indefensos ante los constreñimientos estructurales impuestos por los poderosos, ni entregados a su doxa. Cuando se tomó la iniciativa de una acción de resistencia, contra la suposición de Bourdieu, la doxa fue puesta en cuestión y, en cierto modo, desenmascarada, partiendo de motivaciones intrínsecas de individuos críticos. En este sentido, es fundamental señalar que la situación futura a la que apuntaba la espera no caía por completo en el terreno de lo inalcanzable, y que tanto los estudiantes como los docentes anticipaban al menos la posibilidad de que el edificio “prometido” sea efectivamente construido. La disposición de los poderosos —el Ministerio de Educación y el Rectorado de la UBA— a cumplir efectivamente con su promesa no era clara; sin embargo, los afectados y sometidos reconocían el potencial del empoderamiento por medio de la solidarización y la resistencia.

Los docentes y alumnos eran conscientes de la arbitrariedad del Rectorado y el Ministerio de Educación (Paris, 2001: 709); sin embargo, no aceptaban estar totalmente so-

metidos a las autoridades y no querían ser concebidos como “víctimas” de la burocracia. En este sentido, desarrollaron la conciencia común de que el telos de la espera —el nuevo edificio y condiciones aceptables de estudio— no estaba totalmente fuera de sus capacidades de acción y posibilidades de influencia. Lo decisivo aquí, era el hecho de que los “culpables” —es decir, los responsables de la espera— podían ser identificados: eran las instituciones poderosas del arbitrario Estado, que no estaban en condiciones de cumplir con la promesa del edificio. En este sentido, los docentes, no docentes y alumnos también presuponían que estaba teniendo lugar un trato injusto por parte del Rectorado y el Ministerio en detrimento de la Facultad de Ciencias Sociales y en favor de otras, como las de Derecho, Economía, Medicina, etc. Es decir, se le otorgaba una prioridad menor a las ciencias sociales.

En este caso, ambas instituciones son comprendidas como actores colectivos responsables de la inaceptable situación: no se hacía responsables por estos inconvenientes a funcionarios individuales, como al rector o el ministro de educación. Este largo conflicto, que se extendió por décadas, no permitía reconocer responsables individuales, puesto que los funcionarios cambian muy rápido. En cierto sentido, ya no resultaba claro quién era el responsable original del problema.

Para este caso de estudio resulta ser válido aquello que Rainer Paris (2001: 710) describe como la “afinidad de la espera con la experiencia inferior del poder social”, afinidad que se basa en que el tiempo es utilizado como un vehículo de ejercicio del poder. Los estudiantes y docentes se sentían dependientes, impotentes y en inferioridad de condiciones; se ponían de manifiesto los límites de su capacidad de acción y de sus posibilidades de influencia. Claramente, los poderosos pueden disponer del tiempo de los sometidos a su gusto y, por tanto, decidir arbitrariamente la duración de la espera. El tiempo como recurso escaso es utilizado por las élites para ejercer poder y, en este sentido, sirve como indicador de la desigualdad social. Los poderosos disponen del medio de presión de poder hacer esperar; asimismo, pueden controlar la duración de la espera e influir sobre quienes aguardan. Además, se pone de manifiesto la siguiente relación: cuanto más alto es el estatus del poderoso en la jerarquía, mayor es su inaccesibilidad institucional y, por tanto, su posibilidad de hacer esperar (Schwartz, 1975: 19 y sigs.). El Ministerio de Educación y el Rectorado disponían de una posición de poder casi sacrosanta y fijada jerárquicamente a partir de la cual podían hacer esperar a los docentes, estudiantes y no docentes, a pesar de las protestas. Y puede especularse que fijaban el tiempo de espera para confirmar su propia posición de poder. En este sentido, la estrategia de “hacer-esperar” sirve para fijar la posición jerárquica de poder de quien toma las decisiones. Hacer esperar al otro bando —los docentes, no docentes y estudiantes— es un medio de demostración de poder; y el tiempo de espera —en

este caso, aproximadamente veinticinco años— simboliza la sujeción de los que aguardan: no debe quedar duda de que el tiempo de los que esperan es menos valioso que el de los que hacen esperar (Göttlich, 2015: 56). Hacer esperar a alguien es posible debido a jerarquías de poder ya existentes y, a la vez, es funcional al fortalecimiento y el mantenimiento del poder.

En el caso de la Facultad de Ciencias Sociales, sin embargo, se muestra que la posición de poder del Rectorado y el Ministerio no eran completamente intocables y autárquicas; ciertas formas de resistencia ponían en cuestión su libertad de acción. Las siguientes preguntas apuntan a analizar el potencial de resistencia de quienes son obligados a esperar: ¿Cuándo tiene lugar una solidarización de los que esperan contra las poderosas instancias estatales? ¿Desde qué momento los que aguardan se convierten en aliados? ¿Cuándo se vuelven irrelevantes las diferencias entre quienes esperan y se vuelve posible una solidaridad abarcadora?

Siguiendo la teoría del mundo de la vida y de la relevancia de Alfred Schütz, puede argumentarse que el acervo de conocimiento de los que aguardan y de los inferiores en términos de poder no solo contienen sistemas de relevancias impuestas (Schütz, 2003: 332 y sigs.). La *doxa*, como estructura de pensamiento dominante con jerarquías de poder incorporadas, que en la actitud natural es creída y tomada como incuestionada, puede ser puesta en cuestión y problematizada; de esta manera, puede surgir una cierta forma de resistencia contra ella. Sobre la base de relevancias intrínsecas, los inferiores en términos de poder y los que aguardan cuestionan las estructuras de poder impuestas que los obligan a esperar con base en una motivación subjetiva. Y son los actores individuales los que reflexionan y cuestionan las estructuras de poder existentes, poniendo en cuestión la legitimidad de las élites. Por ejemplo, cuando se constatan inconvenientes en lo que respecta a la investigación y la enseñanza, esto ocurre con el objetivo de buscar una normalidad en la cotidianeidad académica, la cual no puede ser garantizada por quienes ejercen su función. Entendido de esta manera, al sujeto individual le es inmanente el potencial a la resistencia. El individuo es precisamente esa “fuente de trastornos” (Soeffner, 2000: 328 y sigs.) que puede señalar inconvenientes de manera reflexiva y generar un activismo político. Los estudiantes, docentes y no docentes individuales pertenecen al colectivo de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, pero en tanto individuos con experiencias concretas de trato desigual y de espera obligada, pueden operar como una instancia de control. Si bien han sido “socializados” en el contexto pre-tipificado de la UBA y disponen de un habitus universitario específico, esto no significa que las estructuras existentes de poder no puedan ser cuestionadas. Los individuos son aquellos que pueden convertirse en correctivos de las construcciones comunes abstractas de la burocracia universitaria, aquellos que pueden poner al descubierto y denunciar inconvenien-

tes. Así, como argumenta Soeffner (Ibid., 334), el individuo se convierte en la “fuente de trastornos de construcciones sociales racionales y no tan racionales” y “es probablemente la única utopía que tiene un contenido de realidad lo suficientemente fuerte como para apostar por ella” (Ibid.). En el caso de la Facultad de Ciencias Sociales, ya no se confía en las promesas del Rectorado y del Ministerio que justifican la espera, y se critica la “estrategia de hacer esperar” de los poderosos.

En contraste con la argumentación de Auyero, que investiga la situación de quienes reciben ayuda social en Buenos Aires, los miembros de la Facultad de Ciencias Sociales disponen de una actitud crítica que pone en cuestión reflexivamente la vivencia de la sujeción política. En este sentido, los representantes de la Facultad parecen tener un potencial de resistencia privilegiado.

En términos de la teoría de la relevancia, la acción de resistencia funciona en la medida en que el individuo define su situación —en el sentido del teorema de Thomas (cfr. Thomas/Thomas, 1928)— sobre la base de “relevancias motivacionales” subjetivas. El mundo predado y preestructurado en el que se concentra el interés no es puesto en cuestión por el individuo a partir de relevancias motivacionales. Son decisivas las “relevancias temáticas”, las cuales no ponen en el centro del interés lo que era aceptado como incuestionado, sino que colocan en el foco justamente aquello que se pone en cuestión (en este caso, las relevancias temáticas). Concretamente, son las relevancias temáticas las que posibilitan un pensamiento de resistencia entre quienes esperan. Los estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales ponen en cuestión las promesas de los poderosos —el Rectorado y el Ministerio— y dudan de la legitimidad de la coerción a esperar por mejoras edilicias. De esta manera, están en condiciones de dirigir el foco a los inconvenientes que les impiden estudiar de manera adecuada. El edificio de la Facultad, viejo, destruido y con amenaza de derrumbe, en el cual el estudiantado, docentes y no docentes esperaron por décadas la construcción del nuevo edificio, es presentado como inaceptable. La espera, como expresión de experiencias temporales impuestas, ya no es aceptada, y esto deriva en la decisión de resistir, decisión que quiebra —al menos temporalmente— las estructuras de poder impuestas.

La dinámica de las jerarquías de poder se muestra especialmente en el hecho de que los actores individuales pueden resistirse a estructuras de poder objetivamente fijadas. Esto es posible porque la situación de poder de la espera también depende de las interpretaciones conscientes y los motivos de los subordinados al poder. Los afectados por la espera interpretan lo que les ocurre conforme a sus relevancias interpretativas, las cuales definen qué aspectos de la situación deben ser atendidos y qué elementos del acervo de conocimiento deben aplicarse. La multiplicidad de las perspectivas individuales involucradas tiene gran incidencia en las situaciones de poder (Göttlich, 2015: 61). En este sentido, el

sentimiento que tienen los subordinados de ser maltratados a través de la espera impuesta puede derivar en un contrapoder dirigido contra las estructuras impuestas. La dinámica de la situación de poder de la espera también resulta de la compleja estructura temporal de la vida cotidiana, la cual se compone de dos formas de temporalidad: el tiempo interno y el tiempo estándar intersubjetivamente compartido, que depende del tiempo cósmico y del calendario socialmente establecido (Berger y Luckmann, 1991: 29 y sig.). El tiempo estándar y el tiempo interno deben ser sincronizados constantemente por los individuos, aunque una sincronización perfecta es imposible; necesariamente, en las perspectivas de los individuos particulares, surgen “tiempos de espera” con los que cada uno debe arreglárselas individualmente. Los estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales deben coordinar el tiempo de sus estudios —debido a la espera por el edificio, probablemente largo— con su tiempo de trabajo y también con el tiempo de planeamiento de su carrera. En cada perspectiva individual, la espera es experimentada de manera diferente, pero en todo caso como injusta debido a las insuficiencias de los poderosos.

IV. CONTRAPODER: LA PROTESTA Y LA COERCIÓN A ESPERAR

A pesar de la supuesta superioridad de poder de quienes controlaban la situación —el Rectorado de la UBA y el Ministerio de Educación—, surgió un movimiento de protesta y un contrapoder que estaba en condiciones de desafiar parcialmente a los poderosos. A la luz del caso de estudio de la Facultad de Ciencias Sociales, se reflexionará ahora, en términos de la teoría de la relevancia y el poder, cómo tuvo lugar esta inversión de la situación de espera de los subordinados. Con el surgimiento de un contrapoder, los subordinados también pueden imponer estructuras temporales: a través de la protesta, la solidarización y las tomas del Rectorado y la Facultad. ¿Cómo puede interpretarse este proceso?

En lo que respecta a la UBA, por supuesto existen jerarquías de poder bien claras que aparecen para los miembros de la institución como un “sistema de relevancia objetiva” y como realidad objetiva. Sin embargo, cuando en crisis concretas estas jerarquías son cuestionadas y criticadas por quienes esperan, esto obedece a “sistemas de relevancia intrínsecos”, que refieren a soluciones espontáneas de problemas, intereses elegidos y fines concretos por parte de los que protestan. El concepto de ‘relevancia’ permite reflexionar acerca de cómo puede tenderse un puente teórico entre las estructuras de conocimiento objetivas y la motivación subjetiva (Dreher y López, 2015: 215 y sigs.). La motivación subjetiva de los subordinados y de quienes esperan se apoya, simultáneamente, en relevancias impuestas e intrínsecas de los actores individuales. El interjuego entre ambas formas de relevancia —entre aquello contra lo que, se supone (cons-

ciente o inconscientemente), no se puede hacer nada, es decir, aquello ante lo cual uno está indefenso y aquello que puede desafiarse y cambiarse a través de la propia motivación— es decisivo en los comportamientos de protesta. Aquí no existe una determinación completa de la acción; antes bien, la misma surge con una cierta libertad.

Lo importante ahora no es lo que normalmente motiva a los actores —en base a “relevancias motivacionales”—, sino aquello que les llama la atención y que es catalogado como injusto, inaceptable, corrupto, etc. Lo que está en el centro de atención no es el mundo que suponen como incuestionablemente dado, sino los problemas que surgen en el mismo. Para los estudiantes de la Facultad, la idea de organizar una protesta surge especialmente en momentos de crisis; por ejemplo, en el año 2010, cuando, debido a las malas condiciones del edificio, una placa de vidrio de cinco metros cae del techo, afortunadamente sin dañar a nadie (cfr. Nuñez, 2010). El acervo de conocimiento de la vida cotidiana universitaria no alcanza para enfrentarse con esa situación problemática. Debe adquirirse nuevo conocimiento de manera creativa, ya que las explicaciones y convicciones disponibles no alcanzan ni son satisfactorias para resolver el problema. Las relevancias temáticas y motivacionales pueden ser tanto impuestas como temáticas. Sin embargo, son precisamente las relevancias temáticas intrínsecamente motivadas las que constituyen el potencial subjetivo para desafiar las condiciones estructurales; por ejemplo, cuando las situaciones son experimentadas como injustas. De esta manera, las estructuras de poder objetivas e impuestas pueden ser impugnadas partiendo de relevancias temáticas que ponen en cuestión el conocimiento impuesto y presupuesto como comprensible de suyo, y pueden iniciarse acciones políticas contra el mismo (Dreher, 2016: 65). Las relevancias temáticas sirven para formular nuevas soluciones para problemas de acción; así, las ideas revolucionarias son formuladas contra el statu quo de los universos simbólicos establecidos y de las élites de poder. De esta manera, surge la posibilidad de implementar contraideologías que tienen el potencial de redefinir las estructuras de poder de una sociedad.

En este sentido, la confrontación y la resistencia contra estructuras de poder establecidas tienen lugar partiendo de la motivación subjetiva de los actores individuales. En el contexto del movimiento de protesta, aparece un tipo social especial de personas que esperan: la figura del agitador. Otros tipos sociales de personas que esperan son: el cazador, el ladrón o el especulador (Guttandin, 1996: 44 y sigs.). Partiendo de diferentes estructuras temporales impuestas, y cada uno a su manera, estos tipos sociales esperan su oportunidad para actuar. El agitador aprovecha la espera en situaciones de crisis y, de manera autodeterminada, puede tomar decisiones en el momento indicado. Cuando la situación está por escalar, el agitador, que pertenece a quienes protestan y marchan, puede “echarle más leña al fuego” para lograr una fuerte reacción de los afectados. A través

de la escandalización, logra una solidarización de los que protestan y, a su vez, que la esfera pública le preste atención a su tema. En este sentido, el agitador como tipo social es precisamente aquel que representa la situación de ruptura de la espera en la crisis. Su figura ilustra de qué manera la motivación subjetiva intrínseca puede producir la eclosión concreta de las estructuras temporales impuestas.

Como resultado de la iniciativa de los agitadores, que impugnan como injusta la espera obligada de un nuevo edificio, tiene lugar una solidarización de los estudiantes y también de los docentes y no docentes, y se decide tomar la facultad. Así, en una de las acciones de protesta, se suspenden completamente las actividades por dos meses. En el marco de otras ocupaciones, se tomaron el Rectorado y el Ministerio de Educación, en los dos casos por cuarenta y tres días, impidiéndose las actividades administrativas. El grupo de los estudiantes y los docentes cerró filas para alcanzar un objetivo común, el cual solo podía conseguirse a través de la cooperación grupal. La homogeneidad del grupo en lo que refiere a los intereses comunes, así como sus similares posiciones políticas tendencialmente de “izquierda”, que pueden catalogarse como “críticas”, contribuyen a que sea posible una solidarización exitosa. La fuerte reflexividad de los estudiantes y los docentes dirige la acción racional con acuerdo a fines, la cual parte de la convicción de que el objetivo común solo puede alcanzarse colectivamente.

En cierto sentido, los que protestan golpean a la élite de poder, compuesta por el Ministerio de Educación y el Rectorado, con sus propias armas. Los miembros de la Facultad fueron obligados a esperar por muchos años, y ahora están en condiciones —al menos temporalmente— de obligar a esperar a los poderosos. En efecto, se ocupan de parar el funcionamiento de las dos instituciones por un determinado período de tiempo. A través de sus acciones, quienes protestan pueden imponerle sus estructuras temporales a los poderosos y colocarlos bajo presión con una espera impuesta. Para el Rectorado y el Ministerio de Educación, esto significa que deben continuar con la construcción del edificio. Debido a la situación de espera impuesta, los poderosos intentan hacerles concesiones a los que protestan. La protesta, como forma de resistencia, muestra que la élite conductora no es todopoderosa: siempre hay posibilidades de evitar acciones ilegítimas. A los poderosos, que generalmente hacen esperar, posponen y demoran para expresar su poder, se los obliga a aguardar y estos deben reaccionar.

El caso de estudio de la Facultad de Ciencias Sociales demuestra que entre los estudiantes, no docentes y docentes de la Facultad no puede constatarse un habitus universitario “rígido”, como creencia latente en la legitimidad, que reconoce las estructuras de poder establecidas sin ponerlas en tela de juicio y acepta la espera obligada. La validez de legitimidad de la acción de la élite conductora es puesta en cuestión, y los que aguardan tienen un cierto potencial crítico; no tienen una creencia ilimitada en la legitimidad de

los poderosos (cfr. Popitz, 1992: 197 y sigs.). La pretensión de legitimidad de las instituciones poderosas es puesta en cuestión por los que aguardan; los motivos que se aducen para declarar su acción como ilegítima son la corrupción, la incapacidad, la preferencia por otras facultades, etc.

CONCLUSIÓN

El objetivo de los docentes y estudiantes que esperaron veinticinco años fue alcanzado en 2016: finalmente, el nuevo edificio, añorado por tantos años, fue terminado y pudo recibir a todas las carreras. En este sentido, también la espera terminó. Ya no existe para los afectados: desapareció del ámbito de las relevancias y estructuras temporales impuestas. Dado que la espera acabó, los poderosos ya no pueden instrumentalizarla para mantener su poder. El acontecimiento prometido y asumido de construir un nuevo edificio de la facultad es un hecho. Los poderosos cumplieron con su promesa y su validez de legitimidad ya no puede ser puesta en cuestión críticamente. Los estudiantes, docentes y no docentes pueden ahora vincular el acontecimiento logrado con los movimientos de protesta exitosamente realizados por ellos. Los hechos pueden interpretarse de la siguiente manera: el Ministerio de Educación se vio obligado a terminar con la construcción del edificio porque, durante la larga espera, se realizaron acciones de protesta.

Una caricatura que se publicó en el año 2016 en el importante diario Página 12 poco después de la finalización de la construcción del edificio hace referencia a la espera de décadas y a las protestas vinculadas a ella.



Dos personas, probablemente estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales, se enfrentan luego de la mudanza al

“Edificio Único”. La persona a la izquierda —el realista— señala que ahora todas las carreras se han mudado al edificio de “Constitución” y ve esto como un acontecimiento positivo. En cambio, su interlocutor, un trotskista pelirrojo y barbudo, parece ser el único que no está contento por el nuevo edificio. Hace referencia al lugar “Constitución” e intenta desarrollar un contraargumento. Asevera que “la constitución legaliza la explotación del proletariado”. Acto seguido, el otro estudiante le pregunta dónde hubiera construido él el edificio. La respuesta del revolucionario es: “en Avenida Trotsky y Asamblea”, y el realista le responde que esa esquina no existe. La respuesta del trotskista frustrado es: “¿Ves? Es todo una mentira”.

La espera por el nuevo edificio ha concluido y, según el realista, todos deberían estar contentos y reconocer la mejora de las condiciones de estudio e investigación. Para el agitador y contestatario trotskista, la situación actual no es satisfactoria; de la finalización de la espera no puede sacar nada positivo, dado que los estudiantes trotskistas cumplieron un rol fundamental en la lucha por el nuevo edificio, y ahora no disponen de ningún argumento para la movilización política. Es decir, no pueden estar contentos con el resultado de la protesta. Ahora debe encontrarse una nueva motivación para la lucha estudiantil contra las autoridades. Así, los trotskistas se beneficiaron de la espera, sacaron algo de ella y experimentaron una fundación de sentido a partir de la espera impuesta. Sin embargo, “lamentablemente” la espera de los estudiantes ha terminado y, por tanto, ya no existe esa fundación de sentido.

Finalmente, en referencia al problema planteado, debe señalarse que la solidarización de los que esperan frente a las instituciones estatales se produce en tiempos de crisis y con base en el activismo individual. Cuando las condiciones de dominación legítima del Ministerio de Educación y del Rectorado ya no son sostenibles —porque el edificio de la facultad prácticamente se derrumba—, la resistencia es estimulada especialmente por parte de agitadores, quienes aprovechan la tensa situación política dentro de la facultad para realizar movimientos de protesta. Sobre la base de relevancias temáticas intrínsecas de los que esperan, se cuestiona y pone en tela de juicio la legitimidad de los poderosos, y, con ayuda de la protesta, se busca nuevas posibilidades para solucionar los problemas de acción. Los que aguardan —las múltiples agrupaciones que incluyen a los estudiantes, no docentes y docentes las Carreras de Sociología, Ciencia Política, Ciencia de la Comunicación, Trabajo Social y Relaciones del Trabajo— se unen a pesar de diferencias y rivalidades de origen. A través del movimiento de protesta común, surge una solidarización abarcadora que hace superfluas las diferencias funcionales y socioestructurales. Por medio de las acciones de ocupación en la Facultad, el Ministerio de Educación y el Rectorado apoyadas por los medios, se obliga a los poderosos a actuar hasta que finalmente, luego de veinticinco años de espera, se cumple con el objetivo prome-

tido: la construcción de un nuevo edificio único para toda la Facultad. El potencial de resistencia inmanente a la espera se pone de manifiesto, y el siguiente aforismo acuñado por León Tolstoi obtiene un nuevo contenido de verdad: “¡Todo tiene un buen final para aquel que puede esperar!”



BIBLIOGRAFÍA

- Auyero, J. (2011). Patients of the State. An Ethnographic Account of Poor People's Waiting. *Latin American Research Review*, 46 (1), pp. 5-29.
- Berger, P. L. y T. Luckmann (1991). *Die gesellschaftliche Konstruktion der Wirklichkeit. Eine Theorie der Wissenssoziologie*. Frankfurt a. M.: Fischer.
- Bourdieu, P. (2001). *Meditationen. Zur Kritik der scholastischen Vernunft*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- Dreher, J. (2016). The Social Construction of Power: Reflections Beyond Berger/Luckmann and Bourdieu. *Cultural Sociology*, 10 (1), pp. 53-68.
- Dreher, J. y López, D. (2015). Subjectivity and Power. *Human Studies*, 38, pp. 197-222.
- Göttlich, A. (2015). To Wait and to Let Wait. Reflections on the Social Imposition of Time. *Schutzian Research*, 7 (1), pp. 47-64.
- Guttandin, F. (1996) *Improvisationsgesellschaft. Provinzstadtkultur in Südamerika*. Pfaffenweiler: Centaurus.
- Núñez, N. (2010). Sociales continúa la lucha per el Edificio Único. *El Socialista*, 174, S. Recuperado de: <http://www.izquierdasocialista.org.ar/cgi-bin/elsocialista.cgi?es=174¬a=5>.
- Paris, R. (2001). Warten auf Amtsführen. *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 53 (4), pp. 705-733.
- Popitz, H. (1992) *Phänomene der Macht*, Tübingen: Mohr.
- Schütz, A. (2003 [1957]). Strukturen der Lebenswelt. *Alfred Schütz Werkausgabe, Bd. V.1. Theorie der Lebenswelt 1. Die pragmatische Schichtung der Lebenswelt*(pp. 325-347). Konstanz: UVK.
- Schütz, A. (2005 [1970]). Das Problem der Relevanz. *Alfred Schütz Werkausgabe, Bd. VI.1: Relevanz und Handeln 1. Zur Phänomenologie des Alltagswissens*(pp. 57-249). Konstanz: UVK.
- Schütz, A. (2011 [1946]). Der gut informierte Bürger. Ein Essay zur sozialen Verteilung von Wissen. *Alfred Schütz Werkausgabe, Bd. VI.2. Relevanz und Handeln 2. Gesellschaftliches Wissen und politisches Handeln*(pp. 113-132). Konstanz: UVK.
- Schwartz, B. (1974) Waiting, Exchange, and Power: The Distribution of Time in Social Systems. *American Journal of Sociology*, 79 (4), pp. 841-870.
- Schwartz, B. (1975). *Queuing and Waiting. Studies in the Social Organization of Access and Delay*. Chicago: University of Chicago Press.
- Soeffner, H.-G. (2000). Individuelle Macht und Ohnmacht in formalen Organisationen. En *Gesellschaft ohne Baldachin. Über die Labilität von Ordnungskonstruktionen*(pp. 310-353). Weilerswist, S. 310-353.
- Thomas, W. I. / Thomas, D. S. (1928). The Methodology of Behavior Study. En *The Child in America: Behavior Problems and Programs*(pp. 553-476). New York: Knopf.
- Torres Cabrerros, D. (2016). Todos juntos, después de dieciocho años. *Página 12*, 19/03/2015.

SOBRE EL AUTOR**Jochen Dreher****Jochen.Dreher@uni-konstanz.de**

Director ejecutivo del Social Science Archive Konstanz. Profesor de Sociología en las universidades de Constanza y San Galo. Profesor de Sociología en las universidades de Constanza (Alemania) y San Galo (Suiza). Autor de libros en lengua germana como; *Zur Unüberwindbarkeit kultureller Differenz: Grundlagentheoretische Reflexionen* (2007) y *Interkulturelle Arbeitswelten: Produktion und Management bei Daimler Chrysler* (Biblioteca europea de estudios culturales, 2005), y de libros en lengua española como, *Construcción de identidades en sociedades pluralistas* (Lumiere Ediciones, 2007), compilador en *Fenomenología del poder* (Ediciones USTA, 2015), *The Social Construction of Power: Reflections Beyond Berger/Luckmann and Bourdieu* (2016) y coautor de *Subjectivity and Power* (2015).